

A propósito de González y el problema del archivo

Mailén Fox

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani (Argentina)

Recibido: 25 de marzo de 2024 / Aceptado: 20 de mayo de 2024

DOI: <https://doi.org/10.62174/rs.9555>

Resumen

El siguiente manuscrito propone problematizar los principales aportes del sociólogo, docente y ensayista, Horacio González, sobre la cuestión del archivo como uno de los problemas fundantes de las ciencias sociales y humanas. Sus reflexiones al respecto le sirven de puntapié para un proyecto más ambicioso que el autor elabora en su propuesta de una “Teoría de la Cultura Nacional”, donde gravita el ensayo como una actitud, un género y un método de hacer teoría social. A propósito del archivo, se reponen las líneas de indagación destacadas de la archivología nacional, disciplina aplicada que remonta su tradición a la creación del Archivo General de la Provincia de Buenos Aires hace 200 años. Además, se rescatan algunas reflexiones de Jacques Derrida acerca del tema en su texto *Mal de Archivo*. Todo con el fin de delinear la singularidad del pensamiento gonzaliano y su estilo de trabajo, en particular sus reflexiones acerca del modo en que tramitamos nuestra distancia irremediable con el pasado y ejercitamos la memoria colectiva en la actualización de nuestro presente y sus anacronismos.

Palabras clave: archivo; memoria; ensayo; Horacio González.

Abstract

The following manuscript aims to problematize the main contributions of the sociologist, teacher, and essayist, Horacio González, about the archive as one of the founding problems of the social and human sciences. His reflections on this matter serve as a starting point for a more ambitious project that the author elaborates in his proposal for a “Theory of National Culture”, where the essay gravitates as an attitude, a genre, and a method of doing social theory. Regarding the archive, the most prominent lines of inquiry of national archives are reviewed, an applied discipline that, between historiography and information sciences, deals with the safeguarding of heritage. In addition, some reflections by Jacques Derrida on the matter are rescued in his classic text “Mal de Archivo”. All to outline the singularity of Gonzalo's thought and his style of work, in particular, his reflections on how we process our irremediable

distance from the past and exercise collective memory in updating our present and its anachronisms.

Keywords: archive; memory; essay; Horacio González.

Resumo

O seguinte manuscrito tem como objetivo investigar as principais contribuições do sociólogo, professor e ensaísta Horacio González, em relação ao arquivo como um dos problemas fundadores das ciências sociais e humanas. As suas reflexões sobre esta matéria servem de ponto de partida para um projecto mais ambicioso que o autor elabora na sua proposta de uma “Teoria da Cultura Nacional”, onde o ensaio gravita como atitude, um género é um método de fazer teoria social. No que diz respeito ao arquivo, são revisadas as principais linhas de investigação dos arquivos nacionais, uma disciplina aplicada cuja tradição remonta à criação do Arquivo Geral da Província de Buenos Aires, há 200 anos. Além disso, algumas reflexões de Jacques Derrida sobre o assunto são resgatadas em seu clássico texto “Mal de Archivo”. Tudo para delinear a singularidade do pensamento de Gonzalo e do seu estilo de trabalho, em particular as suas reflexões sobre a forma como processamos a nossa distância irremediável com o passado e exercitamos a memória colectiva na actualização do nosso presente e dos seus anacronismos.

Palavras-chave: arquivo; memória; ensaio; Horacio González.

Introducción

“Los archivos se nos presentan como objetos sobrevivientes de aquella experiencia humana que los produjo, confiscados en su ser situado, y que se despliega sobre nuestros días como una enigmática reverberancia capaz de hablar a través de nuestras interpretaciones actuales”
(Horacio González, 2004: 64).

El siguiente trabajo se propone una aproximación al pensamiento del sociólogo, ensayista y docente argentino, Horacio González, acerca de la cuestión del archivo¹ que, en tanto problema, se anuda en su obra con una apuesta más

¹ Inspirado en las líneas de trabajo que aborda el proyecto de investigación “Archivos personales y humanidades digitales desde el Sur: el Fondo Germani y el Fondo Mallmann.”, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA), este manuscrito dialoga con muchos de los debates que viene desarrollando el espacio con el objetivo de problematizar la experiencia de trabajo (y sus

ambiciosa que el autor ensaya en su “Teoría de la cultura nacional”. Apuntes que en su misma escritura se arriesgan a formular nuevas hipótesis de lectura del universo gonzaliano para seguir haciendo con su inagotable trayectoria.

La bitácora de este artículo comienza con un acercamiento al problema del archivo, que engloba una práctica y una idea, partiendo de los aportes de la archivología nacional, disciplina aplicada cuyo primer intento de formalización curricular se remonta a 1922 (Araujo y Swiderski, 2021) y la propuesta que el filósofo Jacques Derrida despliega en su texto “clásico”, con los riesgos que supone esa palabra, *Mal de Archivo* (1997). Luego, continúa con el desarrollo de las principales líneas de lo que González significa y tensiona con la palabra archivo, en el artículo *El archivo como teoría de la cultura* (2004). Para ello, se intentarán reponer las principales coordenadas de una reflexión más amplia que tiene que ver con lo que el autor llama “Teoría de la cultura nacional”. Esa tarea se lleva adelante a través de una problematización que en su recorrido aborda algunos cuestionamientos que el ensayista realizó hacia las teorías de la recepción, que predominaron en los estudios relacionados a la historia de las ideas, y la práctica historiográfica en clave regional, pero especialmente en Argentina; no sin antes reparar en un comentario sobre el método gonzaliano y la estrategia epistemológica que elaboró en la defensa y el rescate del ensayo como una actitud, un género y una modo de hacer teoría social. Sobre el final, se llevan adelante una serie de consideraciones que sin ánimos de concluir se proponen servir de puntapié para futuras investigaciones. Evocar ideas e inflexiones para pensar la memoria en clave colectiva, siempre abierta y en disputa.

El entre como posibilidad y apertura

“Entre la historia de las ideas y la
sociología de la cultura, persevera en el
arroyo del ensayo”
(López y Korn, 2021: 16).

El “entre” que plantea la cita oficia de disparador. Cualquier acercamiento al conjunto de textos que conforman el universo gonzaliano se enfrenta con una tensión que aparece inmediatamente allí donde se formula una hipótesis de indagación. En cierto punto, otro de los objetivos que motiva este trabajo es el de rodear los anudamientos de la discusión que González lleva adelante con ambas disciplinas, porque nos ayudan, por un lado, a comprender el objeto a estudiar y,

dilemas) con archivos personales y repensar el resguardo de los fondos documentales desde el sur.

por otro, a trazar claves de lectura alternativas para seguir haciendo con la lengua gonzaliana. Partimos de que se trata de una empresa meandrosa, por eso el recorrido se encuentra tamizado por la pregunta por el archivo, y de manera indirecta, se relaciona con la filiación y las disputas que atraviesan su pensamiento, como teoría y como archivo de sí, en su pasión por reconstruir la filigrana por donde circulan tradiciones y legados de la cultura argentina (Muñoz, 2021). En cuanto a su clasificación, ni bien nos adentramos en dicha tarea se enciende una señal de alarma, una resistencia intrínseca a su formalización, a su consignación disciplinar. Basta con intentar establecer algún conjunto de preguntas nodales o una periodización taxativa de objetos de indagación, al interior de su trabajo, asignando algún tipo de jerarquía o relevancia explicativa a uno de sus elementos, para que otras posibilidades reclamen su importancia y su condición fronteriza. Sin embargo, el desafío no es justificar su imposibilidad sino más bien dar cuenta de su insistencia, rastrear las huellas y marcas de su ejercicio, porque sus ideas espiraladas, semejantes a las constelaciones benjaminianas y su notable capacidad para establecer afinidades (Forster, 2022), transcurren atravesadas por recurrencias, retornos, de temas, tropos y modos de trabajar con el material significativo. La torsión se abre camino en tanto sutileza porque su obra tampoco debe ser eclipsada en el anaquel de los exotismos nacionales, sino que por el contrario, supone situar su lengua en una conversación emplazada en el terreno de los problemas fundamentales de la ciencias humanas y sociales en su afán de universalidad, en un ir y venir constante. La insistencia y el compromiso de rescate y salvación de autores, géneros y estilos de trabajo sociológico (y no solo) olvidados, son método y apuesta.

Siguiendo a María Pía López y a Guillermo Korn en el estudio preliminar ya citado, el escrito que presenta *La palabra encarnada: ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, si bien el lenguaje no es transparente y lineal en ningún caso, podemos apelar a la categoría de barroco para pensar su estilo. Ya sea por el despliegue de su prosa con diversas capas de sentido, donde cada escrito supone lecturas entrelíneas, omisiones de lo obvio y alusiones contraintuitivas, pero también el barroco nos permite aprehender sobre el derroche y la precisión de su forma de encarar la reflexión. La cadencia de una práctica que hilvana las ideas trabajando la plasticidad de las palabras y los conceptos pero sin renunciar a la rigurosidad, al desarrollo de relaciones complejas que se ordenan esquivando filiaciones estáticas, que se inscriben en tradiciones pero sin asumir de modo acrítico las consecuencias que devienen de incorporar debates académicos foráneos, por el contrario, cada uno de sus pliegues asume la responsabilidad de inscribirse en polémicas y desandar dicotomías o clivajes como centro y periferia, original y copia, invención y plagio. Sin embargo, no se filtra entre las líneas estratégicas la ilusoria pretensión de reponer una totalidad acabada, cerrada sobre sí, ni tampoco se trabaja sobre premisas liberales que

resuelven distancias insalvables con la pretensión del diálogo y consenso. Se establecen nexos sonantes y disonantes que contemplan las posibilidades que inaugura la política en su sentido más amplio: la justicia que encarna la posibilidad de restituir las derivas, las alternativas, que inaugura la historia en un modo peculiar, aquí radica su potencia y singularidad, la de incorporar debates de “coyuntura”, lo que podríamos llamar “encrucijadas epocales”, forzando al extremo la politicidad y las resonancias que toda lengua lleva consigo, al mismo tiempo que se rescatan debates, la mayor de la veces no saldados, sobre la premisa de la necesidad de solicitar sus tachaduras, sus pliegues, como instancia fundamental del conocimiento. Por eso hay algo de inclasificable en su pensamiento.

Un estilo irredento que lejos de ser accesorio es constitutivo y pone en crisis cualquier intento de formalización en un doble sentido: ¿Cómo abordar sus textos? ¿qué metodología es “adecuada”? ¿Tiene que existir algún tipo de correspondencia entre el método del investigador y el de su propio objeto, en este caso, algunos retazos de la obra (y archivo) de Horacio González? Por supuesto que no, pero no deja de ser una interpelación, jocosa pero severa, que irradia en cada uno de sus pasajes, sobre todo en los momentos en que el autor “salta la cuarta pared” y pone en suspenso el grosor de la reflexión precedente para actualizar y generar una especie de copresencia, un hiato donde se arroja hacia el futuro y va al encuentro de otros, simulando la ausencia de cualquier mediación. Su prosa, su táctica de conversación, lleva al límite rasgos universales de la escritura y la lectura, en el sentido más general, si los textos siempre son polisémicos y poseen interlocutores explícitos e implícitos y su reconocimiento escapa definitivamente del control del autor, la polémica y la apuesta por el cuidadoso trabajo con los conceptos son marcas constitutivas y constituyentes.

El texto que dispara este trabajo fue publicado en el primer número 2004/2005² de la Revista *La Biblioteca: El archivo como enigma de la historia*, con el título *El archivo como teoría de la cultura*³. En ese artículo el autor propone dos caminos para pensar el atesoramiento de los documentos, como tributo oficial o como apertura para una “Teoría de la cultura” que repare en un especial cuidado de las condiciones de producción de los textos resguardados, desde un conservacionismo situado que aborde este dilema con la responsabilidad y la justicia necesarias para revisar los nombres de “nuestra historia” (González, 2004). Ya que, precisamente, en la capacidad de restituir ese “presente vivo” del que nos hablan los archivos, radica la posibilidad de pensar(nos) en la diferencia respecto de aquel pasado que solicita no ser olvidado (González, 2005). El

² En rigor, se trata del primer número de la tercera época de la Revista. La primera época de la revista *La Biblioteca*, contó con ocho volúmenes y se desarrolló entre 1896 y 1898 bajo la dirección de Paul Groussac. El segundo periodo incluye cinco números entre 1957 y 1961 y fue dirigida por Jorge Luis Borges. Ambos se desempeñaron en la Biblioteca Nacional.

³ González lo escribe como subdirector de la Biblioteca Nacional de Argentina, ese mismo año, asumiría la conducción de la institución.

significado de ese número de *La Biblioteca* es difícil de mensurar retroactivamente. Allí se entreveran diversos enfoques que convergen en una coincidencia, ya sea que se trate de manera singular o plural, en su condición física o virtual, la necesidad de pensar el archivo en clave colectiva, como una cuestión decisiva de nuestra experiencia política contemporánea (Alvaro, 2008). Paradoja, conservación situada, responsabilidad y justicia, son los términos de la propuesta del ensayista, apuesta que se erige como hipótesis de trabajo: la memoria como problema colectivo. El pensarse en la diferencia y la posibilidad y los peligros de la restitución, al fin y al cabo imposible, son los nudos de este problema que se desarrolla en el siguiente apartado.

El archivo gonzaliano

Pensar al archivo como el dramático intento por escapar a la pérdida de la experiencia pretérita pero también como la actividad que inaugura las ciencias del hombre, son las líneas de fuga que irradian de esta problematización. Ante todo, el archivo encierra dramas y posibilidades conjugadas en plural. Con el archivo, González habla de memoria, de preservación, y del lugar o los lugares donde es recreada la cultura, también de una palabra con la que discute: el soporte, en tanto contenedor, pero también del concepto de soporte. La palabra archivo designa el lugar físico, donde se guardan los documentos, en tanto depósito, pero a la vez al documento en singular. En el lenguaje más coloquial, “archívase” remite a una operación llevada adelante por algún burócrata de una institución pública que supone dar por cerrado algo, enviarlo al pasado. Tiene que ver con el recuerdo colectivo, pero también con el patrimonio, con la problemática del acceso y la circulación. Además, con las técnicas de registro y los criterios de clasificación, ordenación, descripción y serialización, pero sobre todo de la huella de su procedencia. Su tratamiento a lo largo de la historia va del archivo como doctrina patrimonial al enfoque jurídico-administrativo, de la disciplina historiográfica y la teoría especulativa; hasta su formulación más reciente, vinculada con la jerarquización de su función informativa (Vivas Moreno, 2013). Guardar, coleccionar, narrar y archivar, son actitudes que podrían definir, siempre con fisuras, a la modernidad y su necesidad de guardar la memoria como una urgencia atada íntimamente a la condición ilustrada y enciclopédica que se instaura entre pasado y saber clasificatorio (Barrios, 2008).

Actualmente, podríamos decir que la disciplina archivística o archivología en términos generales a nivel global toma a los archivos como sistemas de información y se ocupa de la generación, tratamiento, y difusión de documentos con la importancia categórica del respeto que la misma recibió en la entidad donde se originó. La procedencia es el principio universalmente válido e inalterable

(Vivas Moreno, 2013). Desde su emergencia, este campo se desarrolló a la zaga del proyecto historiográfico oficial y de las demandas de las instituciones memoriales (Moreyra Villalba, Benito Moya, 2022). Con archivología nacional nos referimos al desarrollo de la ciencia aplicada en nuestro país, cuyos primeros intentos de formalización se remontan a 1922 hasta la actualidad, periodo durante el cual la disciplina fue perdiendo su rol subalterno como ciencia auxiliar de la Historia para asociarse cada vez más a las ciencias de la información (Araujo y Swiderski, 2021). Sin embargo, la tradición archivística viene de más lejos y se remonta a 1821 con la fundación del Archivo General de la Provincia de Buenos Aires (Swiderski, 2023). Entre el acervo privado, que incluye al archivo personal, las colecciones y los museos, y la madeja pública, como dependencia de cada uno de los tres poderes del Estado y su compartimentación en el nivel subnacional donde las provincias disponen de su propio archivo general, como así también los municipios (Swiderski, 2023). Hacia la segunda mitad del siglo XX se fueron difundiendo y aplicando los principios de procedencia y orden originario, y el del ciclo vital, centrales para la sistematización promovida en el plano internacional. No es asunto de este trabajo dar cuenta de la historia de la Archivología argentina, basada en diferentes paradigmas que se inscriben de un modo para nada lineal con la incidencia de los organismos internacionales, pero sí acercarnos a las coordenadas de su fundamento teórico y su ejercicio práctico. Su emergencia se sitúa al interior de las ciencias humanas y sociales, entre la Historia y la Bibliotecología, el Museo y la Administración, y es en el entre de esas disciplinas y prácticas que el autor va a pensar al archivo como un problema. Con lo dicho hasta acá basta para poner en relación la propuesta gonzaliana con el discurso científico y el popular que suelen coincidir al referirse a los documentos por su función, por su atributo instrumental, por su ordenamiento y límites, basados esencialmente en el principio de procedencia.

Para González su potencia radica en tanto efecto de la memoria de la cultura viva y la cultura muerta, y en la posibilidad de preguntarnos por la politicidad de esos efectos de una manera crítica. Siguiendo al autor, el tratamiento del archivo como problema, supone un ejercicio crítico, el que demanda cualquier texto. Así caracteriza este proceso en relación con la universidad pero hace estela sobre nuestro tema, el archivo:

Restituir o recobrar una idea de universidad vinculada a un texto, no porque no haya nada, en la nada que quedaría luego del imperio de los textos, sino porque los textos son palimpsestos dormidos de otras voces de la historia que a veces la universidad somete tanto a un tropiezo inquisitorial donde la memoria se deshace o ritualiza (González, 2021: 130).

Esa puesta en tensión de otras voces del pasado que por caminos invisibles y quebrados puede animar las propias voces de justicia del presente, es la tarea del archivista, voces que González incita a escuchar señalando que quizás nunca no sea tarde para hacerlo (González, 202). La medida de esa tardanza, el pensar en la tardanza, siembra aperturas dispares, habilita y limita, es reverberación y resonancia de otros ejercicios más o menos críticos de conversaciones precedentes y de las condiciones del presente, es la tensión misma la que nos permite pensarnos colectivamente en relación con esas otras voces como palimpsestos. Sin embargo, la palabra y la comprensión, siempre son insuficientes o llegan tarde en la gravedad del mundo, es por eso que el pasado lo es porque se rehace, y el presente lo es porque será pasado rehecho (González, 2021). Hay algo de ese pensar en la tardanza que habilita y constriñe, y es propio del género ensayo el pensar en la tardanza, en la insatisfacción de no poder decir las cosas al tiempo que correspondiera, en el lamento de no tener las palabras en las circunstancias esperadas.

El archivo y la colección del devoto evitan que las revistas –¿y todo signo del pasado?– se pierdan como objetos circulantes, disueltos en la papilla ignota de una materia general que se va desvaneciendo. Pero las convierte en un ser vago, habitante de involuntarios museos, hablando una lengua que parece familiar pero que hay que descifrar, como todo aquello que perdió el alma que la rodeaba y el ambiente que le era contemporáneo. Esa restitución supone una tarea inacabable, quizá imposible, un evento de la incierta imaginación retrospectiva. Devolverlas a la desvanecida trama de la que escaparon a condición de volverse arcaicas (Horacio González, 2000: 236).

Descifrar y restituir son tareas inacabables, quizá imposibles, sin embargo son gestos que habilitan la vida colectiva y por qué no la política.

Por eso la procedencia no puede ser pensada únicamente en términos del lugar físico u oficina donde se producen los documentos, trato que hace tiempo la disciplina viene moldeando para ser capaz de dar cuenta también de los efectos producidos por la digitalización.

Este terreno de indagación nos habla del modo de tramitar la relación con el pasado, la muerte y el olvido, torsión que supone un ámbito enigmático e inquietante. La pregunta por el modo de hacerlo se relaciona íntimamente con un programa que él mismo llevó adelante abordando los problemas fundamentales de la cultura nacional en varios de sus libros, pero sobre todo *en Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. En muchos de sus textos ensayísticos se ejercita la puesta en crisis de las metodologías utilizadas y se advierte que el terreno se encuentra plagado de paradojas: entre la promesa

vital y la sujeción de las pinzas del contexto, necesaria pero siempre insuficiente, entre la violencia anacrónica y el cotejo de la época en que se realiza la interrogación (González, 2015). Buscamos la experiencia vivida, usando las ficciones de los historiadores –a partir de una cierta idea de pérdida que se relaciona con la existencia de documentos que atestiguan la hechura. Esa dimensión física, podríamos decir material, de la que ya no somos fatalmente contemporáneos. Una vez que acordamos con la mediatización, cuando no el menoscabo, de la contemporaneidad de lo pretérito-ocurrido, habilitamos el terreno de la interrogación acerca de cómo recuperarlo en la pregunta y el conocimiento.

El archivo, como noción y como práctica de archivación, se instaura entre una serie de peligros que van desde la posibilidad de apertura implícita en el trato imaginativo con las fuentes, al espejismo de la pretensión de recomponer una totalidad imposible o el simple devenir objeto seriado (David, 2022). Como tensión, es posible delinear cercanías y puntos de distancia entre González y Derrida. Preocupados por la proliferación de las nuevas técnicas de archivación, apoyadas en el mito de la sociedad del conocimiento y su concomitante racionalidad del documento transparente, ambos, a su modo, se preguntaron por las consecuencias jurídicas, políticas y estéticas, sobre todo por aquellas que atañen a la canónica distinción entre forma y contenido, soslayando que no hay adopción de tecnologías o instrumentos sin el juego incesante de la cultura en la recurrente pérdida y continua batalla por recuperar lo perdido (González, 2004). En tiempos y espacios distintos, se preguntaron e hirieron de muerte al corazón de la archivística que se erige en torno al concepto de procedencia, en sus dos dimensiones: el respeto de los fondos y el respeto del orden original (Girarlo Lopera, 2009). Para estos pensadores, la noción de archivo, como toda impresión o escritura, no se limita solamente a ser el lugar de almacenamiento, soporte o contenedor, como tampoco se ocupa exclusivamente de la conservación de un contenido archivable del pasado (Derrida, 1997). Dicho así, arribaríamos a una posición que supone que todo lo archivable tendría una existencia plena, anterior y posterior, idéntica a la resultante del archivo. Por el contrario:

La estructura técnica del archivo archivante determina asimismo la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en su relación con el porvenir. La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento. Esta es también nuestra experiencia política de los llamados *media* de la información (Derrida, 1997: 24).

Por lo tanto, el archivo como aval del futuro, deja codeterminar su sentido por adelantado, la impresión condiciona la forma, la estructura y el contenido, y

comienza con la impresión (Derrida, 1997). El archivo no puede más que presentarse en su inminente retiro, como una contradicción que hace posible el concepto de archivo, que cumple la exigencia de su olvido, la sustracción violenta del archivo, lo que Derrida llama “mal de archivo” (Alvaro, 2005). Supone también una economía, una especie de ahorro, por eso se dice anarquística, precisamente porque trabaja con la condición de (y a fin de) borrar sus huellas que ya no son propias, devora su archivo antes de haberlo producido. El archivo sería entonces para Derrida una forma de la memoria vinculada a la autoridad ancestral como querrela esencial de las sociedades, una memoria fundadora del pensamiento sobre la escritura como cimiento de la noción de tiempo social (González, 2004).

Por su parte, el ensayista argentino plantea, a su modo, el ejercicio de la memoria como “una tela sin costuras cuando permanece muda y el desgarrón permanente del tejido cada vez que se la solicita. No se puede no ‘hacer memoria’. Pero cada vez que esa fabricación ocurre, se produce una actualización repleta de negatividad, de anti-memoria” (González, 2005: 14). Nuevamente se anuda entre ambos un acercamiento y una distancia, hay anti-memoria y posibilidad de futuro, pero también hay documento de archivo y fluir de la memoria:

Los artificios de la notación que sean (fotografía, taquigrafía, memorización apta para el relato a terceros, etc.), imaginan por efecto de su propia comodidad que hay una referencialidad precisa como última estribación real, que sostiene toda representación. Pero tal realidad primera no existe. (González, 2005: 13).

En este punto se recorta una discusión de fondo que recorre gran parte de su obra como cuestión central o figura secundaria: no hay tal realidad primera, lo que llamamos historia nunca se cierra sobre sí misma conformando una objetividad prefigurada, su mera actualidad se presenta en incesantes desvanecimientos, desbordes impredecibles. Es precisamente la memoria el lazo fundamental que impide que se derrame el acontecimiento tenso actual pero no desde un exterior a los actos de la memoria, porque es inconsútil, carece de costuras. Los actos se recortan sobre ella cada vez que adquieren la consistencia que permite llamarlos actos. El método por el que se interesa es aquel por el cual los documentos impregnados de voces disipadas por el tiempo pueden reverse en términos de una reconstrucción de su cercanía interpretativa y vital. Partimos de la imposibilidad de restituir la voz “real”, “originaria”, pero el mero hecho de que pueda hacerse esa pregunta pone al conocimiento frente a su verdadera falta (González, 2005). Para González (2008), la torsión mencionada se emparenta con la operación que realiza el museo, que saca de cuajo los objetos enraizados y promueve un

pensamiento que se basa, precisamente, en la imposibilidad de preservar la vida si se la restituyese a su verdadera fuente. Se trata de un incordio que constriñe al mismo tiempo habilita, pero exige la puesta en escena de la dimensión inerte vinculada al poder. Sin embargo, “es posible aceptar, tolerantemente, que, de un objeto arrancado de su ámbito vital, se pueda nuevamente reconstruir un mundo. Esa esperanza la posibilita el museo, con tal que no indagemos demasiado en el obstáculo desvitalizado que presupone” (González, 2008: 26).

Apuntes para pensar la teoría de la cultura nacional gonzaliana

La problematización del archivo gonzaliano se despliega hacia el terreno de una interrogación más amplia que gira en torno a lo que llama “Teoría de la cultura nacional”. En una entrevista que aparece en *Youtube*, sostiene que el archivo en su origen etimológico es el principio de la organización de la cultura, es el comienzo de la cultura en tanto modo de la autoconciencia. Aquí, nos limitaremos a pensar algunas coordenadas sobre lo que entiende por cultura, los debates en torno a las teorías de la recepción y cierta discusión sobre la teoría de la acción, implícita en ella.

Los tres términos de esta propuesta involucran un arsenal inmenso de autores con cuyas ideas González dialoga hasta la actualidad. Nos conformamos con pensar, en primer lugar: ¿por qué habla de cultura? A través de esta torsión no se libra de la historiografía sino que plantea otro tipo de relación que enuncia en ese dilema inicial: ¿Qué hacer con lo que nos llega del pasado sin abandonar el archivo del presente? Tiene particular importancia que, generalmente, en la literatura especializada, desde la antropología o la arqueología, la referencia a la cultura remite primordialmente a la producción material mientras que en la historia o los estudios culturales, sea asociada con sistemas significantes o simbólicos (Williams, 2008). Esta operación oculta la relación entre la producción material y simbólica y esta es la región donde se erige el planteo del autor. Nuestro discurrir, nuestro habitar supone intenciones, pero ese tránsito encuentra siempre un desborde, algo que no le es propio, que lo excede, pero sobre todo no le obedece, porque lo que está en juego siempre son las condiciones de la acción misma y las formas anacrónicas que la asedian, desfigurando sus raíces inmanentes en la singularidad del presente (González, 2004). Parafraseando a Marx, González nos interpela de nuevo a pensar que, precisamente, “porque existe una trágica fisura entre las acciones y la posibilidad de conocerlas, porque ocurre ese desajuste conceptual, es que se pone en marcha el pensamiento y la misma existencia social” (González, 2004: 73). Pero para pensar en ideología y falsa conciencia como un nudo problemático hay que prescindir de la idea de verdad que traen consigo y, así, trasladarnos a la región de la conciencia grupal mistificada acerca

del propio lugar en el mundo (Margulis, 2009), parte fundamental del material significativo que quiere reponer. La lengua gonzaliana piensa la cultura como un vínculo explícito entre un conjunto de símbolos circulantes y vivientes:

Pero yo preferiría primero dejar sentado que es un trato explícito entre hablantes. Por lo tanto, ahí, en la conversación, hay un contrato no escrito en el que reinan los implícitos, los contenidos no claramente enunciados, el basural que es el lenguaje (González, 2015: 35).

En este punto, para González (2015), las grandes ciencias del lenguaje del siglo XX: el psicoanálisis, el deconstruccionismo, el existencialismo e incluye al marxismo, atribuyendo esta consignación a Derrida, “porque él lo convierte en una ciencia del lenguaje” (p. 44), representan enormes apuestas por fundamentar los presupuestos no declarados de lo que se hace cuando no se habla. Intentos por descubrir cuáles son esas simientes que la mayoría de las veces pertenecen a la “memoria no declarada”, como “sedimentos o inconsciente” (p.44). Para él: “la cultura es un conjunto de asincronías, de velocidades diferentes, de residuos e indicios del futuro, que tornan cualquier identidad una tensión insoportable.” (González, 2015: 47).

Es precisamente el archivo como teoría de la cultura donde se recrea quiméricamente la contingencia, se convierte a la historia en rito y se nos arroja a una ilusión, acaso necesaria, de pura historicidad (González, 2004). En este punto se retoma la conversación incesante con el antropólogo Lévi-Strauss, quien en la “pasión de los archivos” de las sociedades modernas encuentra la mera cualidad de ofrecer un “sabor diacrónico” (González, 2004). “Quizás en situaciones de fuerte historización, la etnología estructural y su pensamiento salvaje podrían ser un auxiliar agudo e irremplazable para descubrir las composiciones, exactamente al revés de cómo lo presupone Lévi-Strauss”(González, 2004: 104). En esa ruptura, González advierte una suerte de anticipo al tono que luego adquirirá la filosofía acontecimental: juzga los archivos como un sistema clasificador. Con él, piensa en la necesidad de una rigurosidad que radica precisamente en que la cultura refiere al conjunto humano que efectivamente se está interrogando.

En el artículo “Literatura caníbal y filosofía del rechazo” publicado en 1985, González cierra su exposición con la frase: “La cultura es lo que juega con el tiempo, y el tiempo es su caníbal” (González, 2021: 542). Estaba pensando en la obra de Oswald de Andrade que había echado mano a una idea canibalista para llevar adelante una crítica a la relación entre el mundo europeo de la máquina y las culturas americanas premodernas. Sorprendido en el momento de decidir su relación con la civilización maquinista e intelectual transatlántica, propone: “¿Qué hacer con ella? Comerla”. Una de las tantas estrategias que intentaron responder

de manera más o menos crítica, a la pregunta por la circulación de ideas previamente producidas en el (o los) centro(s) hacia las periferias, pero también frente a la inadecuación a estas nuevas condiciones (Grondona, 2019).

Si bien se ocupó en muchas oportunidades de cuestionar el pensamiento de la crítica que aceptaba ser en Argentina un pensamiento de la receptividad, para proponer entenderla como un campo de batalla. Trabajo en la certeza de que siempre emergen algunos que con fuerza de originalidad en la escritura logran desviar interpretaciones (González, 2002). González siempre habitó el intersticio inestable en torno a las posiciones que abonaban la estrategia de las “recepciones” y aquellas sumidas en la reivindicación de las “particularidades locales”. Dispuestos a pensar en ese ir y venir, son los ensayistas quienes logran “luchar contra la fatalidad incompleta de la expresión” (González, 2015: 361). Esa fatalidad entendida como una demora, como un pensar en la tardanza, es la tarea del ensayista, que escribe en la insatisfacción de no poder decir las cosas al tiempo que corresponde. Son, justamente, Echeverría, Ramos Mejía, Groussac, Irazusta,

Ingenieros, Lugones, Mitre y Vicente Fidel López quienes han intentado hacerse cargo de los documentos nacionales, a su modo, y los que han trabajado en términos de sus potencialidades que adquieren nueva actualidad (González, 2005) y se derraman sobre el presente a condición de que esté sea capaz de habitarlo, recorrerlo, en aquello que traen de apertura (González, 2004). En esos estilos de elaboración documental encuentra la trama para otra serialidad posible. Una trama que reconstruye de manera crítica, partiendo deliberadamente de su Ramos Mejía y admite que lo hace no por su evolucionismo biologista sino por lo que posibilita el autor de *Las multitudes argentinas* en sus arrebatos de implícito ingenio libertario (González, 2021). En ese doble movimiento González evoca un tema recurrente ya sea como problema central o como abordaje secundario, el de los diferentes modos de aparición de las masas o las multitudes, sin prescindir de otros conceptos como el pueblo o la clase social. En simultáneo trata de recuperar la discusión nacional sobre estos temas como una contribución a los problemas fundamentales de la teoría social, muchas veces, la mayoría, condenados al ostracismo, y reponer esa discusión negociada de autores locales y foráneos.

Lejos de promover el intento de instaurar una teoría, otra, de la recepción, que tranquilice las cosas, González apuesta por provocar y estimular el estudio de las razones y consecuencias de la relación entre una poética formulada en su “fuente”, “el primer núcleo vivido”, y los ensayos epigonales que agitan resultados inesperados y adquieren adherencias lingüísticas e históricas intempestivas (González, 2002). Sin restar importancia al tesoro de las memorias periféricas, y sin reclamos mal formulados de autoctonías que podrían también ser vicarias, propone crear una visión de albedrío soberano. Es precisamente en la “historia de nuestras lecturas” donde puede estar la pista. Para ello, señala: “un retorno a las

consideraciones de las antiguas ciencias retóricas puede ayudarnos a explorar los trayectos de una no inmerecida autarquía. No autonomía del torpe encierro, sino autonomía de la soberanía lectora. Esto, Echeverría lo formuló y oscuramente lo quiso” (González, 2002: 98).

Resurgir en otra actualidad

Esta madeja indescifrable que nos recorre y somos nosotros mismos, nos devuelve un rostro que no deja de insistir en que es mío, mientras es parte indivisible de la totalidad. La tarea incesante del humanismo crítico es el rescate de ese rostro para que revea su singularidad a la luz de la experiencia del pasaje por la bobina incesante de la universalidad (González, 2021: 119).

Ese pasaje, ese “entre” que habilitó este ensayo, tiene que ver con un profundo compromiso del autor con torcer y forzar los alcances de un pensamiento emancipatorio que, lejos de estancarse, promueva la imaginación y el entusiasmo político, evitando reduccionismos y mecanicismos. Por eso, González con el archivo, como ley, lugar y comienzo piensa, por supuesto, en la organización política, en esos arcontes, los guardianes de los fondos documentales, que Derrida, como veíamos, bien caracterizó

La apuesta por rescatar y construir otras serialidades para poder trabajar con las alternativas que discurren y esperan su otra actualidad, contornean los dimes y directes de la obra gonzaliana. Atravesado por esa idea de Oscar Massotta que insistía en disputar palabras, sentidos y, podemos agregar, problemas, a los “escritores de derecha” (González, 2021). Esa es la aventura democrática del conocer, en el ejercicio de la crítica en términos de sustracción o por extrapolación. Inspirado en el primer Masotta, González nos propone recuperar ideas como “destino” y el pensamiento como anexión, juntura y bricoleur, readquisición o transferencia, que nos recuerden la eficacia, la rareza y el mito crítico del pensar: “basado en el acto irremisible de quitar algo de lo existente o agregarle lo que parecía no corresponderle (González, 2000)”. Con el ensayo González se lanza en esa aventura, escribe en la región de lo inesperado y lo entiende como un parapeto de la vida intelectual.

En efecto, muchos de los temas abordados en este trabajo fueron problematizados en tanto dilemas metodológicos, pero sin dudas se trata de encrucijadas que alojan al pensamiento del autor en el corazón de la teoría

política y social. Tratar con justicia a los textos es considerarlos a la luz de las luchas en las que se inscribieron, pero también en las del presente (López y Korn, 2021). Por eso hay algo del estilo de trabajo de González que adquiere una actualidad inusitada y radica en el gesto que supone trabajar con el material significativo "desviando", "rescatando, o, incluso más fuerte, "arrancando" textos de los medios en los que los han inscripto las convenciones de la crítica para releerlos de otro modo (Rinesi, 2000). Método que puede iluminar los desafíos que enfrenta cualquier proyecto que se pretenda emancipatorio ya que en la pista de lo que siempre sobra en los textos puede haber claves de justicia. Es una invitación a asombrarnos con los textos y "salvarlos" de su inmersión obligatoria en una determinada serie, en un determinado "corpus", permitiendo de "que no se cierren las puertas de la interpretación de lo que las obras dejan al margen de su época, de su texto, de su literalidad y de su intención política" (González, 2000, citado en Rinesi, 2000: 243.)

Esta presentación cuenta con serias omisiones que se desprenden del mismo conjunto de textos y podrían disparar futuras indagaciones Ya sea la trama que se enhebra a partir de la idea de lengua, que amarra muchos de los nudos fundamentales de sus recurrencias, lo mismo puede ser con la cuestión del mito y toda la reflexión que orbita en su interior, donde nos encontramos, paradójicamente, pero sobre todo el que refiere al mito de la nación que entiende como un conjunto de problemas y de textos. O aquello que compete a una línea de indagación alternativa con fuerte connotación "empírica" ¿Es posible encontrar "comprobación" de esta Teoría de la Cultura Nacional en las actas, memos y registros de su gestión al frente de la Biblioteca Nacional? La constelación de autores y temas, de la más variada domiciliación, que fueron editados y rememorados a través de diferentes estrategias simbólicas, formatos y soportes, que incluyen ediciones físicas, digitales y performativas, recrearon un nuevo repertorio de voces. ¿Se trata del establecimiento de un nuevo canon de la Teoría de la Cultura Nacional?

Referencias bibliográficas

- Alvaro, D. (2004). El archivo del mal. *La Biblioteca: Revista de la Biblioteca Nacional*, (1), 46-50.
- Alvaro, D. (2008). Archivo, memoria, política. *Revista Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas*, (6-7), pp. 207-220.
- Barrios, J. L., Lazo Briones, P. y Martínez de la Escaleras, A. M. (2008). *Memoria instituida, memoria instituyente*. Las lecturas de Sileno. Universidad Iberoamericana.
- Catena, A. (2015). La lengua conjurada. *Entrevista a Horacio González*. Ediciones del IMFC.
- David, G. (2004). La Biblioteca viviente. *La Biblioteca: Revista de la Biblioteca Nacional, Los libros y la vida. Horacio González (1944-2021)*, (Número especial), 180-186.
- Derrida, J. (1997). *Mal de Archivo, una impresión freudiana*. Trotta.
- Giraldo Lopera, M. L. (2009) Archivística: fundamentación teórica y tradición formativa. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, (32), 31-45.

- Forster, R. (2004). La Biblioteca viviente. *La Biblioteca: Revista de la Biblioteca Nacional, Los libros y la vida. Horacio González (1944-2021)*, (Número especial), 186-194.
- Grondona, A. (2019). ¿Qué es el contexto? Reflexiones a partir del análisis materialista de los discursos. En P. de Marinis (Ed.), *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica* (pp. 227-268). CLACSO
- González, H. (2000). Restos pampeanos. Colihue.
- González, H. (2002). *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*. Colihue.
- González, H. (2004). El archivo como teoría de la cultura. *La Biblioteca: Revista de la Biblioteca Nacional*, (1), 64-86.
- González, H. (2005). Mitos, actas, archivos. La memoria como retención y abandono. En H. González (Comp.) , *La memoria en el abril. Entre los mitos de archivo y el pasado de las experiencias*. (pp. 11-56). Colihue.
- González, H. (2008). *Perón, reflejos de una vida*. Colihue
- González, H. (2015). Cómo recordar a Roberto Carri. *Carri, Roberto. Obras Completas*. Ediciones Biblioteca Nacional
- González, H. (2018). Tiempo político, tiempo existencial. En Calviño, R. *La calle: 2001-2004*. Plata Negra.
- González, H. (2021). *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación*. CLACSO.
- González, H. [Eduvin, Canal de videos de Editorial Universitaria de Villa María]. (25 de junio de 2021). HORACIO GONZÁLEZ (1944-2021) sobre LOS ARCHIVOS | Editorial EDUVIM. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=T5LHjqXCZTI>
- Korn, G., López, M. P. (2021). Oficio y perseverancia: el ensayo como método. Estudio preliminar. En *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación*. CLACSO.
- Margulis, M. (2009). La noción de cultura. En *Sociología de la cultura: conceptos y problemas*. Biblos.
- Moreyra Villalba, B. I., Benito Moya, S. G. A. (2022). Historiografía y Archivología: mutuas influencias en el acercamiento al patrimonio documental. *Investigaciones y Ensayos: Revista de la Academia Nacional de la Historia*, (73), 1-22.
- Muñoz, M. (2021) Recuerdo de Horacio González. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas: Revista del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, (23), <https://www.estudiosdefilosofia.com.ar>
- Rinesi, E. (2000). Filosofía y drama nacional en la cultura argentina. *Lua Nova: Revista de Cultura y Política*, (49), 241-256.
- Swiderski, G. (2023). La archivología nacional y los modelos explicativos de la disciplina. *CHUY: Revista de estudios literarios latinoamericanos*, (14), 4-29.
- Swiderski, G., & Araujo, F. (agosto de 2021). La formación archivística en la Universidad de Buenos Aires. VI Jornadas de Intercambio y Reflexión acerca de la Investigación en Bibliotecología, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, Argentina https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.14272/ev.14272.pdf.
- Vivas Moreno, A. (2013). Concepto de archivística, archivo y gestión de documentos: definición y análisis. En Rendón Rojas, M. A. (Comp.), *El objeto de estudio de la bibliotecología / documentación / ciencia de la información. Propuestas, discusión, análisis y elementos comunes* (pp. 205-234). UNAM.
- Williams, R. (2003). *Un vocabulario de la Cultura y la sociedad*. Nueva Visión.